



Entre el mito y la realidad:

Willy Brandt

Heleno Saña

WILLY Brandt es una de esas figuras que por los motivos que sea, se convierten en símbolos o arquetipos de un partido político, de una nación, de una corriente histórica, de una ideología o de una actitud pública. Sin que alcance el rango universal que Hegel reservaba a personalidades «cosmohistóricas» como Napoleón, su trayectoria rebasa sin duda el marco nacional de Alemania y posee una dimensión internacional superior a la de otros altos dirigentes del SPD. Para millones de seres humanos en todo el mundo, Brandt representa el antifascista consecuente, la tradición socialista, el político que lucha infatigablemente por el entendimiento de los pueblos, el hombre que se encuentra siempre al lado de las causas justas.

¿Hasta qué punto corresponde esta imagen a la realidad?

Juventud, lucha clandestina, exilio

El actual presidente del Partido Socialdemócrata Alemán y de la Internacional Socialista nació el 18 de diciembre de 1913 en la ciudad hanseática de Lübeck, como hijo natural de Martha Framm, que es su verdadero apellido y que en 1933, el entonces joven militante antifascista, siguiendo la

costumbre conspirativa de los viejos bolcheviques, cambiaría por el seudónimo de Willy Brandt, utilizando por él para actuar en la clandestinidad.

Willy Brandt creció en casa de su abuelo materno, que era socialdemócrata. Y en sus tiempos de liceista militó en el movimiento socialista juvenil y escribió artículos para el periódico del SPD «Lübelista Volksbote», dirigido por Julius Leber, ejecutado más tarde por los nazis por su resistencia contra el III Reich. A los 16 años Brandt es miembro del SPD. Al producirse en 1931 la escisión de ese partido, pasa a formar parte del «Sozialistische Arbeiterpartei» (SAP), en el que se aglutina el ala izquierda de la socialdemocracia. Brandt se convierte en el jefe de la organización juvenil del nuevo partido. En la ficha que la Gestapo elaborará más tarde, figura como «agitador comunista». Brandt se distinguía en esa época por su radicalismo, y aunque no ingresó en ninguna organización comunista, asistió a mítines del KPD.

En abril de 1933, pocas semanas después de producirse la subida de Hitler al poder, Brandt huye de Alemania en una lancha motora. Después de una breve estancia en Copenhague, fija su residencia en Oslo, donde estudia Historia y ejerce el periodismo. En 1936 regresa a Alemania camuflado de estudiante noruego para dirigir la organización clandesti-

na «Metro». En 1937 se encuentra en la España republicana como corresponsal de periódicos noruegos. En 1938 es despojado de su nacionalidad por los nazis. Brandt se nacionaliza noruego.

Al producirse la invasión alemana en Noruega, Brandt abandona Oslo y logra fugarse a Suecia, donde permanecerá hasta 1941. En Estocolmo sigue ejerciendo el periodismo y militando en los círculos socialdemócratas del exilio. Brandt dirige la «Agencia de prensa sueco-noruega», encargada de reunir noticias sobre la Noruega ocupada y la Alemania nazi. En Estocolmo mantiene contacto con diplomáticos norteamericanos, hecho que más tarde daría pie al rumor — nunca confirmado — de que fue agente de la CIA. La acusación más concreta en este contexto fue lanzada en 1972 por el antiguo funcionario de la Central Intelligence Agency, Victor Marchetti, que en un libro (censurado por la CIA) afirmó que Brandt había recibido dinero de esa organización en los años cincuenta. Lo que está probado es que, desde 1943, Brandt suministró información y documentos políticos a la Embajada norteamericana en Estocolmo y al «Office of Strategic Service» (OSS) sobre la situación en la Alemania nazi. Pero estos contactos, lejos de ser entonces anormales, entraban en la lógica de la lucha común contra el nacionalsocialismo. A través del lí-



Brandt, en sus tiempos de joven socialista.

der obrero noruego Tranmäl, Brandt tuvo también relación con diplomáticos soviéticos.

De 1941 a 1944, Brandt estuvo casado con la noruega Carlotta Thorkildsen. Durante su estancia en Estocolmo conoció a su segunda mujer Rut Hansen —también noruega—, con la que contrajo matrimonio en 1948. En marzo de 1978, y ante la sorpresa de la opinión pública, Brandt se separó de ella para vivir matrimonialmente con una secretaria suya de 32 años.

Fin de la II Guerra Mundial. Berlín, el trampolín. La crisis del muro

Terminada la II Guerra Mundial, Brandt pasa dos años en Alemania como corresponsal de varios periódicos escandinavos. Por un tiempo ejerce también el cargo de agregado de prensa de la legación diplomática de Noruega en Berlín, con el rango de comandante en civil.

En 1947 recobra la nacionalidad alemana. En enero de 1948, Kurt Schumacher, el presidente del SPD, le nombra representante suyo en Berlín,



Desfile de las tropas alemanas por las calles de Oslo.

y Brandt pasa a dirigir las relaciones con las autoridades aliadas en la antigua capital del Reich, convirtiéndose pronto en el hombre de confianza y protegido del alcalde regente Ernst Reuter, cargo que Brandt desempeñará desde 1957 hasta 1966. Al mismo tiempo es varias veces miembro del Bundestag (Parlamento federal) y del Bundesrat (Senado o Consejo Federal).

Es en Berlín donde Brandt deja de ser un funcionario local del SPD para adquirir renombre mundial. La situación especial de la ciudad como piedra de toque de las relaciones entre el Este y el Oeste, le permite codearse con Eisenhower, Foster Dulles, De Gaulle, Kennedy y los políticos más destacados de este período histórico. En la primavera de 1959 emprende un viaje de propaganda por diversos países, donde es acogido con grandes simpatías, especialmente en Norteamérica. Mientras Brandt juega con gran eficacia la baza anticomunista y presenta a Berlín como una víctima de los rusos, declina dos invitaciones de Krushev para dialogar sobre la crisis berlinesca, primero en 1960, después en 1963.

El 13 de agosto de 1961 al construirse el muro de la ciudad, Brandt, subiéndose a la cresta de la ola, pretende que los aliados envíen inmediatamente sus patrullas a la zona fronteriza y protesten ante Moscú. El 16 de agosto comete la ligereza de convocar una manifestación pública de protesta y pronuncia estas palabras provocadoras: «La paz no se ha salvado nunca por medio de la debilidad». Pocas horas antes, saltándose a la torera la competencia del ministro de Asuntos Exteriores de la RFA, escribe una carta arrogante a John F. Kennedy, presionando en tono suficiente para que éste tome medidas duras contra los rusos. En vez de seguir los consejos de Brandt —que nadie le ha pedido— el presiden-

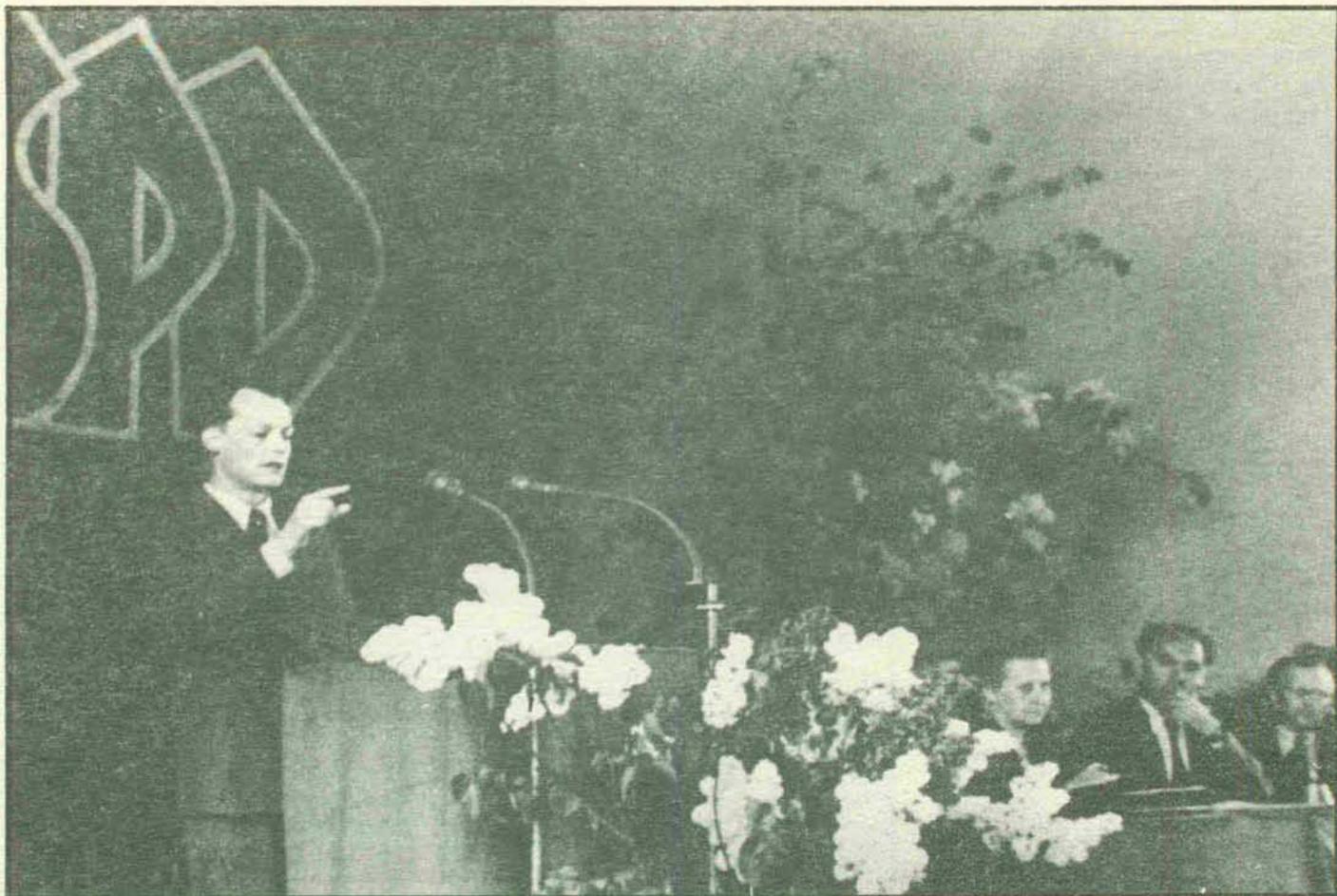
te norteamericano se limita a enviar al Berlín occidental unos días después a su vicepresidente Lyndon B. Johnson, un gesto meramente simbólico que no puede provocar ni asustar a los rusos. Para desesperación del alcalde regente, Johnson, en vez de prestar atención a los problemas internos de la ciudad, se dedica a recorrer los comercios y a comprar «souvenirs» para sus amigos. Brandt anotará años después en sus Memorias: «La regla fundamental del acuerdo implícito

entre Moscú y Washington funcionó también al construirse el muro de Berlín y después» (Begegnungen und Ansichten, Hamburgo 1976).

Pero no sólo Kennedy conserva la cabeza fría. El mismo Adenauer no se deja ver en Berlín hasta diez días después de edificado el muro, y el 16 de agosto, después de una entrevista con el embajador soviético Smirnov, el canciller declara que la RFA no tomará ninguna medida que pueda turbar las relaciones con la

 <p>THE FOREIGN SERVICE RECEIVED THE UNITED STATES OF AMERICA</p>	
<p>No. 3399.</p> <p><u>CONFIDENTIAL.</u></p> <p>Subject: Future Developments in Germany and Possible Sources of Future German Leadership as Viewed by German-Norwegian Journalist.</p>	<p>AMERICAN LEGATION Stockholm, Sweden, May 22, 1944.</p> <p>MICROFILMED AT THE AMERICAN LEGATION, STOCKHOLM, SWEDEN DATE MAY 30 1944</p>
<p>The Honorable The Secretary of State, Washington.</p>	
<p>Sir:</p> <p>I have the honor to transmit herewith a copy of a memorandum which has been written by Willy Brandt a naturalized Norwegian of German birth, setting forth his views about the various groups within Germany from which revolutionary and post-revolutionary leadership might be expected to arise. The present memorandum expands but does not materially add to the views expressed by Brandt in a previous memorandum which was transmitted under cover of the Legation's confidential despatch no. 3142, dated April 11, 1944, on the subject "Views of German-Norwegian Journalist on Factors Involved in the Coming German Revolution". It is understood that the present memorandum, like the previous one, was written by Brandt for the information and use of an American journalist in Stockholm, and it has only indirectly come into the Legation's hands. Brandt is a young but apparently thoughtful and serious observer of the German scene, and one of the representatives of the Office of Strategic Services who is widely acquainted with German refugee circles in Sweden considers that Brandt is one of the ablest in the entire lot and is the one most likely to play some role after the war, in spite of his Norwegian nationality.</p> <p>It is believed that little need be added in the way of comment to the observations which the Legation made in its despatch under reference. In connection with the remarks on page 7 of the enclosed memorandum concerning German trade union proposals for the rebuilding of their movement and for taking over the apparatus of the Arbeitsfront, reference may be made to the Legation's confidential despatch no. 3023, dated March 16, 1944, entitled "Report of National Conference of the German Trade Unionists in Sweden", held in Stockholm on February 26 and 27, 1944. An officer of the Legation recently discussed at some</p> <p style="text-align: right;">length</p>	

Informe de la embajada norteamericana en Estocolmo sobre Brandt (22 de mayo de 1944).



Willy Brandt durante un discurso en la reunión del S.P.D., su partido, en Berlín, el 8 de mayo de 1949.

URSS ni empeorar la situación internacional.

En esta fase de su carrera política, Brandt es lo suficientemente ingenuo para creer en serio que Norteamérica arriesgará innecesariamente una confrontación abierta con la Unión Soviética por el hecho de que la zona oriental de Alemania haya levantado un muro con el objeto de poner fin al éxodo masivo de su población hacia la zona occidental. Este acontecimiento es interpretado por Washington como un asunto interno de la Europa del Este y como la prueba del fracaso del régimen de Walter Ulbricht. Brandt, al contrario, está convencido de que el muro representa una humillación para la «primera potencia occidental». Sólo así se explican los reproches obsesivos que Brandt dirigirá años más tarde a Norteamérica en sus Memorias.

El plan de Brandt no podía

ser más simple: utilizar el poder bélico y político de los Estados Unidos para parar los pies a la URSS y afianzar así la situación de Berlín y la RFA. Brandt se agarra a esta carta peligrosísima e irreal, a pesar de que Foster Dulles, hablando del futuro de Alemania, le había dicho ya en 1959: «Los rusos y nosotros podemos estar en desacuerdo sobre mil cosas. Pero hay algo sobre lo que no existe entre nosotros ninguna diferencia: no toleraremos nunca que entre el Este y el Oeste surja en tierra de nadie de nuevo una Alemania reunificada y armada».

En el fondo, la ulterior «Ostpolitik» de Brandt no es más que la consecuencia del fracaso de su intento de utilizar a Norteamérica como instrumento de presión sobre la URSS, como él mismo, aludiendo a la crisis berlinesa, confesará en sus Memorias: «Mis reflexiones políticas fue-

ron esencialmente influenciadas en los años siguientes por la experiencia de esos días. Lo que se ha llamado mi Ostpolitik surgió sobre este trasfondo».

Candidato a la cancillería. El congreso de Bad Godesberg.

La popularidad de Brandt crece. Aunque su pasado antifascista y sus años de emigración representan para una parte considerable del electorado más bien una mácula que un honor —horribile dictu—, el SPD aconsejado por Fritz Erler (una de las eminencias grises del partido), decide nombrarle como candidato a la cancillería de la nación.

La iniciativa de Erler (a quien Brandt debía ya la alcaldía de Berlín), se revelará, a la



Los socialdemócratas Wehner y Ollenhauer.

larga, como oportuna. El lanzamiento de Brandt como el máximo representante de la socialdemocracia coincide con el nuevo programa de Bad Godesberg aprobado en noviembre de 1959, con el que el SPD quiere superar su imagen de partido obrero de clases para transformarse en un «Volks-partei» o partido popular capaz de movilizar a las capas medias y pequeño-burguesas de la población. Brandt, con su simpatía y su encantadora sonrisa, es el hombre ideal para convertirse en el «sunny-boy» publicitario del SPD. Además de no asustar a la alta burguesía, tiene el suficiente «sex-appeal» para atraer a las señoras que juzgan a los políticos por su aspecto físico.

La nueva línea programática adoptada en el congreso de Bad Godesberg fue iniciada y preparada por un grupo encabezado por Fritz Erler, al que pertenecían también el profesor Carlo Schmid, Willy Brandt y Herbert Wehner. Esta corriente revisionista surgió como una reacción a las derrotas electorales sufridas por el SPD en 1949 y 1953, y fue un intento de sacar al partido de la resignación, el dogmatismo y la rutina. El objetivo central de Erler —un socialdemócrata de derechas— era el de conquistar a los electores aceptan-

do puntos de vista y posiciones que hasta entonces habían sido rechazadas por el SPD: el rearme de la República Federal y su plena integración en el bloque occidental. Era la táctica del abrazo. La gran derrota electoral sufrida por el SPD en 1957 favoreció los planes revisionistas de Erler, que hasta ese momento habían tropezado con la cerrada oposición de Erich Ollenhauer y la directiva del partido.

Pero a pesar del montaje publicitario montado en torno a Brandt, su primera tentativa de asaltar la cancillería, en 1961, falla. Los estrategas de la democracia cristiana, dando-

se cuenta del peligro que el fotogénico alcalde de Berlín significaba para el canciller Adenauer, fabricaron panfletos sobre su vida privada (borracho, mujeriego, etc.), le echaron en cara haber emigrado en «vez de haber defendido la patria» y divulgaron que era hijo de padre desconocido.

Durante la campaña electoral, surgen serias diferencias entre Erler y su protegido Brandt. Mientras el primero quiere dar a la candidatura un carácter de equipo, Brandt, aconsejado por Klaus Schutz y sus amigos de Berlín, se presenta como un ídolo único. La rivalidad entre ambos irá en aumento y durará hasta la muerte de Erler, en 1967.

En diciembre de 1963 muere el presidente del SPD, Ollenhauer. Erler, aunque reacio al culto personal que se está rindiendo ya a Brandt, apoya su candidatura como sucesor del fallecido, y en febrero de 1964, el alcalde de Berlín asume la dirección del partido, que además le vuelve a nombrar candidato para las próximas elecciones a la cancillería, en 1965.

Brandt mejora la posición del SPD, pero no logra vencer a su rival Ludwig Erhard, símbolo de la Alemania del milagro económico. Cuando el líder socialdemócrata cree que está ya definitivamente liqui-



Wehner en el Congreso de Bad Godesberg (1959).



Hallstein (a la izquierda de la foto), padre de la doctrina del mismo nombre de tendencia revanchista.

dado como futuro canciller y como político, en junio de 1966 el partido le devuelve la confianza al reelegirle presidente por una gran mayoría de votos. Sigue su ascenso hasta las cumbres del poder.

Ministro y canciller. La «Ostpolitik»

Después del fracaso de Erhard como canciller, del 1 de diciembre de 1966 se forma en Bonn la «gran coalición» entre el SPD y el CDU-CSU, bajo la presidencia del ex funcionario nazi Kiessinger. Brandt pasa a ocupar el cargo de ministro de Asuntos Exteriores.

Es ahora cuando Brandt sienta las bases para su «Ostpolitik», que es lo más positivo que el dirigente socialdemócrata realizará en su vida política. En 1967, Bonn intercambia embajadores con Rumanía, y en 1968 con Yugoslavia, así co-



Brandt recorre Alemania como candidato a la Cancillería (1961).

mo legaciones comerciales con Polonia, Checoslovaquia y Hungría. Hay que señalar de todos modos que la política de reconciliación y acercamiento a la Europa del Este no fue iniciada por Brandt, sino por su antecesor Schroeder, demócrata-cristiano.

Las elecciones de 1969 arrojan una leve mayoría de los socialdemócratas y liberales sobre la democracia cristiana. El 21 de octubre de ese año, Brandt es elegido, con los votos del FDP, canciller de la RFA. Con ello concluía la larga hegemonía gubernamental del CDU-CSU y se iniciaba la coalición entre socialdemócratas y liberales, que todavía dura. En su discurso de toma de posesión, Brandt anunció su propósito de ser un canciller de las «reformas interiores».

Pero la atención de Brandt

se centró más en la política exterior que interior. El 28 de noviembre de 1969, el gabinete Brandt-Scheel firmó el tratado de no-proliferación de las armas atómicas, que la democracia cristiana se había negado a suscribir con la esperanza de poder convertirse en una potencia nuclear y seguir así su política revanchista y de chantaje contra la Europa del Este.

Brandt lleva adelante su política de acercamiento a los países comunistas. En marzo de 1970 se entrevista en Erfurt con el primer ministro de la Alemania oriental, Willi Stoph, lo que constituye una sensación en la historia de la Alemania dividida. Para comprender el alcance de este acontecimiento, hay que tener en cuenta que Adenauer y sus sucesores se habían negado a reconocer la existencia de la

Alemania comunista y practicado la política chantajista de la «doctrina Hallstein», consistente en romper las relaciones diplomáticas con los países que reconocían a la RDA de Walter Ulbricht.

Pero la Ostpolitik de Brandt no difería sólo de la que había practicado el CDU-CSU (con excepciones como la de Schroeder), sino de la de sus propios correligionarios. El primer presidente del SPD tras la II Guerra Mundial, Kurt Schumacher, rechazó siempre sistemáticamente todo contacto con el Partido Socialista Unificado (SED) de la Alemania del Este. La misma política de avestruz practicó Erich Ollenhauer tras la muerte de Schumacher, en 1952. El «Ostburó» del SPD —con el que Brandt había colaborado también— fue un instrumento de



Brandt y el vicepresidente norteamericano Johnson, en Berlín, en agosto de 1961, tras la edificación del Muro de Berlín.

la guerra fría y el anticomunismo. De ahí que Herbert Wehner lo calificara de «nido de espionaje americano». Wehner fue el único alto dirigente socialdemócrata que buscó el diálogo con la Alemania del Este. Por su procedencia comunista, esta política le valió muchos sinsabores. En febrero de 1966, Wehner logró con su autoridad y prestigio personal que el SPD respondiera por primera vez a una carta abierta del SED. Al formarse la gran coalición con el CDU-CSU, Wehner pasó a ser ministro para los problemas panalemanes y se convirtió en el verdadero impulsor del diálogo entre las dos Alemanias.

En la Ostpolitik del canciller jugó también un papel importante su consejero Egon Bahr, cuya divisa «Wandel durch Annäherung» (Cambio a través de la aproximación) fue asumida por Brandt, de la misma manera que Wehner le había suministrado ya antes la fórmula de la «política de los pequeños pasos».

El 12 de agosto de 1970,



Adenauer y Brandt en 1966.

Brandt firma en Moscú con Bresnev un tratado de no-agresión con la Unión Soviética, denominado oficialmente «Acuerdo para la renuncia al empleo de la fuerza» (Gewaltverzichtsabkommen). Un tratado análogo firma el gobierno de Bonn el 7 de diciembre con la República Popular de Polo-

nia. Brandt utiliza un viaje al país vecino para arrodillarse ante el monumento a las víctimas judías erigido en el antiguo «ghetto» de Varsovia. Más de la mitad de la población alemana juzga este acto de humildad como exagerado o impropio, lo que denota el revanchismo latente y la poca



Erlar y Brandt en 1966.



Brand y el canciller Kiesinger en 1968.

cristiana y los sectores anticomunistas de la nación, Brandt víctima una vez más de su naturaleza dual y contradictoria, cometió el error de promulgar en 1972 el decreto contra los radicales (Radikalenerlass), con el que se legalizaba el control ideológico y la discriminación profesional de los funcionarios y empleados del Estado de ideas consideradas como anticonstitucionales. La ley, aunque afectaba también a la extrema derecha, estaba dirigida sobre todo contra la izquierda militante, de composición fundamentalmente marxista y comunista. A pesar de que Brandt reconocería más

inclinación a reconocer los crímenes nazis.

El 3 de septiembre de 1971, los embajadores de los Estados Unidos, Francia, Inglaterra y la Unión Soviética en Bonn, firman un tratado conjunto sobre el «status» de Berlín, todavía vigente, y que a grandes rasgos estabilizaría la situación de la ciudad y superará la tensión de los años anteriores. A este acuerdo seguirá, en los meses siguientes, la firma, entre las dos Alemanias, de los «tratados interalemanes», que regulan todavía hoy las relaciones siempre conflictivas entre Bonn y el Berlín oriental. Este proceso de acercamiento culminará en la firma del Tratado Fundamental o «Grundvertrag».

En septiembre de 1971, Brandt se traslada a Crimea para entrevistarse con Bresnev. Al mes siguiente se le concede el premio Nobel de la Paz.

El decreto contra los radiales.

Las «reformas» de Brandt.

Su actitud con los trabajadores extranjeros



Brandt es aclamado por la población de Erfurt (Alemania del Este) en 1970.

Para hacerse perdonar su Ostpolitik por la democracia



Brandt se arrodilla ante el monumento a los judíos exterminados por los nazis en Varsovia... Era el 7 de diciembre de 1970.

tarde las consecuencias desastrosas de su decisión, quedará ante la historia como el responsable de haber puesto en marcha una praxis policiaca —única en los países democráticos europeos— que en cierto modo recuerda las «leyes anti-socialistas» de Bismarck y la ley hitleriana sobre la depuración ideológica de los funcionarios. El objeto de la disposición era el de asegurar que todo ciudadano que aspirase a

entrar en el servicio público, no fuese miembro de partidos o grupos radicales. Entre 1972 y 1977, el número de aspirantes sometidos a un chequeo ideológico fue de unos dos millones.

En la práctica, el decreto contra los radicales —que sigue vigente— funciona de la siguiente manera: un estudiante o licenciado cualquiera solicita una plaza vacante en un centro de enseñanza. El esta-

blecimiento en cuestión se dirige automáticamente a la Oficina Federal para la Defensa de la Constitución para averiguar si el solicitante figura como «radical» en los ficheros de esta organización. Si en el informe enviado por la Oficina consta que el aspirante a funcionario tiene antecedentes considerados como anticonstitucionales, le es negada la plaza. Este mismo procedimiento es aplicado a todas las esferas



Firma del Tratado de Amistad con la Unión Soviética, en el Kremlin (1970).

de los servicios públicos: Justicia, Policía, Fuerzas Armadas, Correos y Telecomunicaciones, servicios municipales, etc.

Con este decreto nefasto Brandt hizo el juego a la reacción y consolidó las tradiciones autoritarias y policíacas de su país, criminalizando las ideas y actividades de los sectores de población opuestos al sistema capitalista de la RFA. Brandt puso en funcionamiento el decreto en contra del criterio de Wehner, Egon Bahr y otros líderes socialdemócratas. Este último lo calificaría más tarde de «escandaloso y repugnante».

Mientras Brandt realizó en el ámbito exterior una política positiva y consecuente (si nos olvidamos de su vasallaje a la política imperialista de la USA en Vietnam y otras zonas), no cumplió su promesa de ser el canciller de las reformas interiores.

Las reformas anunciadas por Brandt con gran énfasis eran

ya en sí, más que metas socialistas y verdaderamente anticapitalistas, variantes socialdemócratas del capitalismo popular, como por ejemplo la participación de beneficios (*Vermögensbildung*) a través de un mecanismo redistributivo central. La palabra «*Volksvermögen*» (fortuna popular) es semánticamente casi idéntica a la del capitalismo popular postulado desde antes de la II Guerra Mundial por ciertos sectores del catolicismo para frenar precisamente el proceso de socialización. Con el «*Mitbesitz*» (copropiedad o coposesión), Brandt pretendía crear un complemento material a la «*MitBestimmung*» o cogestión en las empresas. No se trataba pues de desmontar las estructuras del alto capitalismo vigente en la RFA ni de rozar la hegemonía del capital sobre el trabajo, sino de integrar mejor a las clases asalariadas dándoles la ilusión de que participaban de alguna manera en la re-

producción y acumulación del capital. Era al alternativa pequeño-burguesa al capitalismo boyante de la RFA. Eso explica que Brandt, como sus demás colegas del SPD, haya borrado de su vocabulario el concepto de «lucha de clases». Explica también que hace años Brandt dijera ya: «Nosotros no queremos hacer otra cosa que lo que ha hecho el CDU, pero mejor».

La cogestión fue introducida ya bajo la cancillería de Adenauer en el sector del carbón y del acero, pero Brandt, presionado por los sindicatos, quiso ampliarla a todas las empresas con una plantilla superior a los dos mil empleados. El proyecto elaborado por el gabinete Brandt —y aprobado más tarde bajo la cancillería de Schmidt— no introducía de todos modos la cogestión paritaria exigida por los sindicatos, sino un modelo que aseguraba la hegemonía decisoria del capital sobre el trabajo. Digamos



Entrevista en Erfurt con el Primer Ministro de la Alemania Oriental, Willy Stoph.

cia ha logrado que se conceda por lo menos el derecho electoral municipal a los trabajadores extranjeros, Brandt y sus correligionarios no han hecho nada en este sentido. Basta leer el capítulo que Brandt dedica en su libro «Über den Tag hinaus» (1974) al tema de la inmigración para darse cuenta de su escasa simpatía por los trabajadores extranjeros. No olvidaremos nunca el triste papel jugado por Brandt en otoño de 1973, cuando en las Factorías Ford de Colonia, varios miles de turcos se rebelaron contra la disciplina cuartelaria imperante allí y contra la discriminación por parte de los alemanes. El canciller, en vez de reconocer este hecho y el derecho de los emigrantes turcos a defenderse, apareció en las pantallas de la televisión afirmando que se trataba de un conflicto organizado por una minoría de agitadores profesionales.

La crisis. Dimisión. El papel de Wehner

Las elecciones al Bundestag (anticipadas) de noviembre de

que este compromiso a favor de los empresarios le fue dictado a Brandt por los liberales.

Si las reformas sociales de Brandt fueron magras y, en el fondo, nulas, en otros campos su labor no fue menos decepcionante. El canciller no hizo nada para mejorar la situación jurídica y moral de los trabajadores extranjeros, expuestos siempre en mayor o menor grado a toda clase de discriminaciones por parte de un pueblo que no ha logrado todavía superar su pasado racista. Al contrario: Brandt aprovechó la crisis del petróleo en 1973 para hacer todavía más insegura la estancia de los inmigrantes en la RFA. Mientras en los países escandinavos la socialdemocra-



Brandt y Wehner en 1972: Primero, amigos; después, enemigos.

1972 significaron un triunfo personal de Brandt y una consolidación de la coalición con los liberales, lo que permitió a ambos partidos proseguir su labor con una amplia cobertura parlamentaria. En abril de 1973, Brandt fue reelegido presidente del SPD con el mayor número de votos obtenido jamás por otros presidentes del partido.

Pero a partir de esas mismas fechas y coincidiendo con la crisis energética mundial, surge de pronto una poderosa corriente crítica contra él. La dimisión de su ministro de Finanzas, Karl Schiller, fue ya una señal de su pérdida de autoridad y prestigio. La inflación merma rápidamente su popularidad y despierta el descontento de todos los sectores de población. La democracia cristiana le acusa de ser un hombre débil e incompetente, sin dotes de mando ni capacidad para enfrentarse a situaciones difíciles. En estos reproches hay un fondo indudable de verdad. Infinidad de veces hemos visto en el Parlamento de Bonn a Brandt ponerse pálido ante los ataques de los demócrata-cristianos, o quedarse sin respuesta. Cuando Helmut Schmidt, encolerizado por la pasividad del canciller, daba puñetazos sobre la mesa en las reuniones del Consejo de Ministros, Brandt abandonaba la sala lívido y contrariado.

El 7 de mayo de 1974, Brandt presentó su dimisión como canciller de la República Federal. El pretexto formal para esta decisión fue la detención, el 24 de abril, del espía comunista Guillaume —uno de sus principales colaboradores dentro de la cancillería—, pero el motivo verdadero fue político.

En el momento de presentar su dimisión, Brandt se hallaba en una situación precaria. Se estaba convirtiendo en un naufrago. Era ya —digámoslo abiertamente— un cadáver flotante. Desde hacía tiempo, las encuestas demoscópicas seña-



Brandt y el espía Guillaume en 1973.

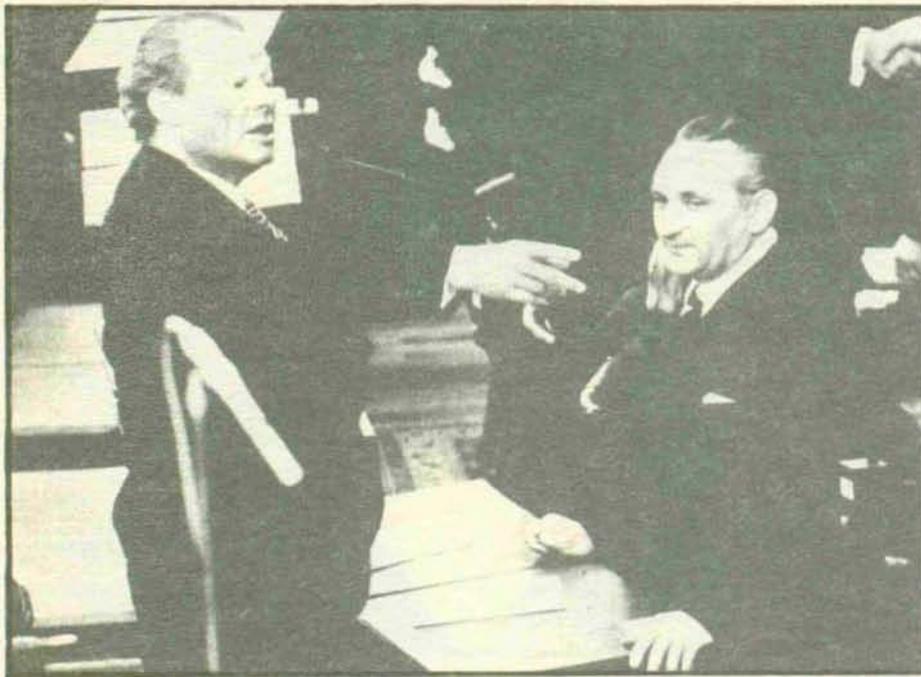


Herbert Wehner en Moscú, en 1973.

laban un vertiginoso descenso de la popularidad del canciller. De noviembre de 1972 a noviembre de 1973, el índice de electores dispuestos a dar su voto al SPD, bajó del 55 al 35 por ciento. Las elecciones al Senado de Hamburgo celebradas en marzo de 1974 constituyeron un gran fracaso para la socialdemocracia y un espectacular triunfo para la democracia cristiana. La última consulta demoscópica realizada antes de la dimisión de Brandt indicaba que sólo un 27 por ciento

del electorado quería dar su voto al SPD.

El canciller se sentía cada vez más solo, abrumado por las depresiones y la angustia. Las ratas habían empezado a abandonar el barco. El primero en desertar fue precisamente Walter Scheel, el jefe liberal y ministro de Asuntos Exteriores, al anunciar que pensaba presentarse como candidato a la presidencia de la República, en sustitución del doctor Gustav Heinemann. Al hacerse público el «affaire» Guillaume,



Willy Brandt y su consejero Egon Bahr.

Brandt se enteró de que el ministro del Interior Genscher — liberal— había estado acumu-

lando material sobre su vida privada, a espaldas suyas. Se trataba de diversas visitas fe-



El Canciller Brandt con su mujer Rut y el espía Guillaume.

meninas que el canciller había recibido en la intimidad durante sus viajes.

La actitud del FDP desmoralizó sin duda a Brandt, pero no fue tampoco lo que le movió a presentar su dimisión. Walter Scheel intentó incluso en el último momento que permaneciera en su puesto. Brandt se decidió a abandonar la cancillería al ver que las dos personalidades clave de su partido —Wehner y Helmut Schmidt— deseaban que se marchase. Schmidt no fue nunca un gran admirador de Brandt, y a menudo expresó su disconformidad con él, criticando su falta de autoridad, su tendencia al centrismo y su blandura frente a la oposición. Herbert Wehner protegió siempre a Brandt y le cubrió continuamente las espaldas dentro del partido, pero a partir de 1973 le atacó públicamente. En privado dijo: «Al canciller le gustan los baños tibios, en una bañera llena de espuma». Creo que es la definición más justa que se ha hecho del líder socialdemócrata.

Brandt confió a su biógrafo David Binder: «Wehner quería desde 1972 que yo me fuera, y yo fui lo suficientemente idiota para no darme cuenta». El distanciamiento entre ambos empezó en diciembre de 1972, poco después del triunfo electoral de Brandt. Mejor dicho: empezó a surgir ya durante la campaña electoral, en la que Brandt, sintiéndose en la cima de su popularidad, prescindió de su consejero y protector. Wehner comentaría: «Mientras él era aclamado, yo fui humillado como nunca». Wehner, enfermo de diabetes y cansado de luchar con el ala izquierda del SPD, le dijo a Brandt tras las elecciones que no quería seguir siendo vicepresidente del partido. Para sustituirle, Brandt eligió a Heinz Kühn, un hombre al que Wehner abominaba. El canciller, rodeado de aduladores y consejeros de segunda categoría, no se dio cuenta de lo que sig-

nificaba la pérdida de un colaborador como Wehner, la personalidad de más quilates que ha dado la socialdemocracia de posguerra.

En el curso de 1973, Wehner realizó dos viajes a la Europa comunista sin consultar a Brandt: uno al Berlín oriental (30 de mayo) y otro a Moscú y Leningrado, en septiembre. Wehner no ocultó en sus declaraciones que estaba insatisfecho con la política del gabinete Brandt, afirmando que en Bonn faltaba una cabeza. A su regreso de Rusia, Wehner y Brandt se reunieron dos veces para intentar reconciliarse, pero sin resultado.

La ruptura es definitiva cuando tras la detención del espía Guillaume, Wehner se entera de las aventuras galantes de Brandt en los hoteles y en su tren especial. La entrevista final entre ambos tiene lugar el 4 de mayo de 1974 en Munstereifel. Solos ambos, Brandt dice: «He fracasado. Pienso dimitir». A continuación el canciller comenta que los servicios secretos reúnen material sobre sus amoríos. Wehner responde: «Me alegro que toques este tema, porque así me facilitas las cosas.» Brandt habla de suicidarse y espera en vano un gesto de apoyo por parte de Wehner. Después de media hora de conversación, ambos se separan. Dos días después, Brandt decide dimitir.

El prestigio de Brandt. Actividades internacionales

Curiosamente, el fracaso final de Brandt como canciller, no quebró su prestigio dentro del partido, cuya presidencia sigue detentando. No mermó tampoco su prestigio internacional. Al contrario: Brandt, liberado de sus deberes de canciller, pasó a jugar un papel cada vez más importante den-



Brandt en 1974, el año de la dimisión.

tro de la socialdemocracia internacional. Citemos en este contexto la asistencia moral que prestó al PSOE y a su ami-

go Felipe González, así como al jefe de los socialistas portugueses Mario Soares.



Guillaume, detenido ya.



Flores para el Canciller caído. El 7 de mayo de 1974 la fracción parlamentaria del S.P.D. se despidió del Canciller. Junto a Brandt, Wehner.

En noviembre de 1975, Brandt fue reelegido presidente del SPD por 407 votos contra 29, lo que demuestra el

concepto nibelungo que los alemanes tienen de la fidelidad. A finales de noviembre de 1976 fue elegido en Ginebra

presidente de la Internacional Socialista, cargo que todavía sigue desempeñando. Brandt es también desde marzo de 1977 presidente de la Comisión Norte-Sur, cargo que le ofreció el presidente del Banco Mundial, Robert McNamara. En este contexto ha declarado: «La solución de las relaciones Norte-Sur es el problema social para el resto de este siglo». Entre las medidas propuestas por Brandt para ayudar a los países pobres figura un «impuesto internacional». Pero el ex canciller se encuentra aquí, como otras veces, en una situación contradictoria; mientras de un lado pide más dinero para los países hambrientos y atrasados, apoya (también en contradicción con su conciencia pacifista), la política armamentista de su país y de la OTAN, en vez de exigir, de acuerdo con la ética socialista y humanista, que las cifras astronómicas destinadas a producir armas y a fomentar la guerra fría, sean destinadas a ayudar al Tercer Mundo.



Willy Brandt estrechando la mano del filósofo Ernst Bloch, durante los actos conmemorativos del 150 aniversario del nacimiento de Carlos Marx, celebrado en la ciudad de Tréveris, su lugar de nacimiento.

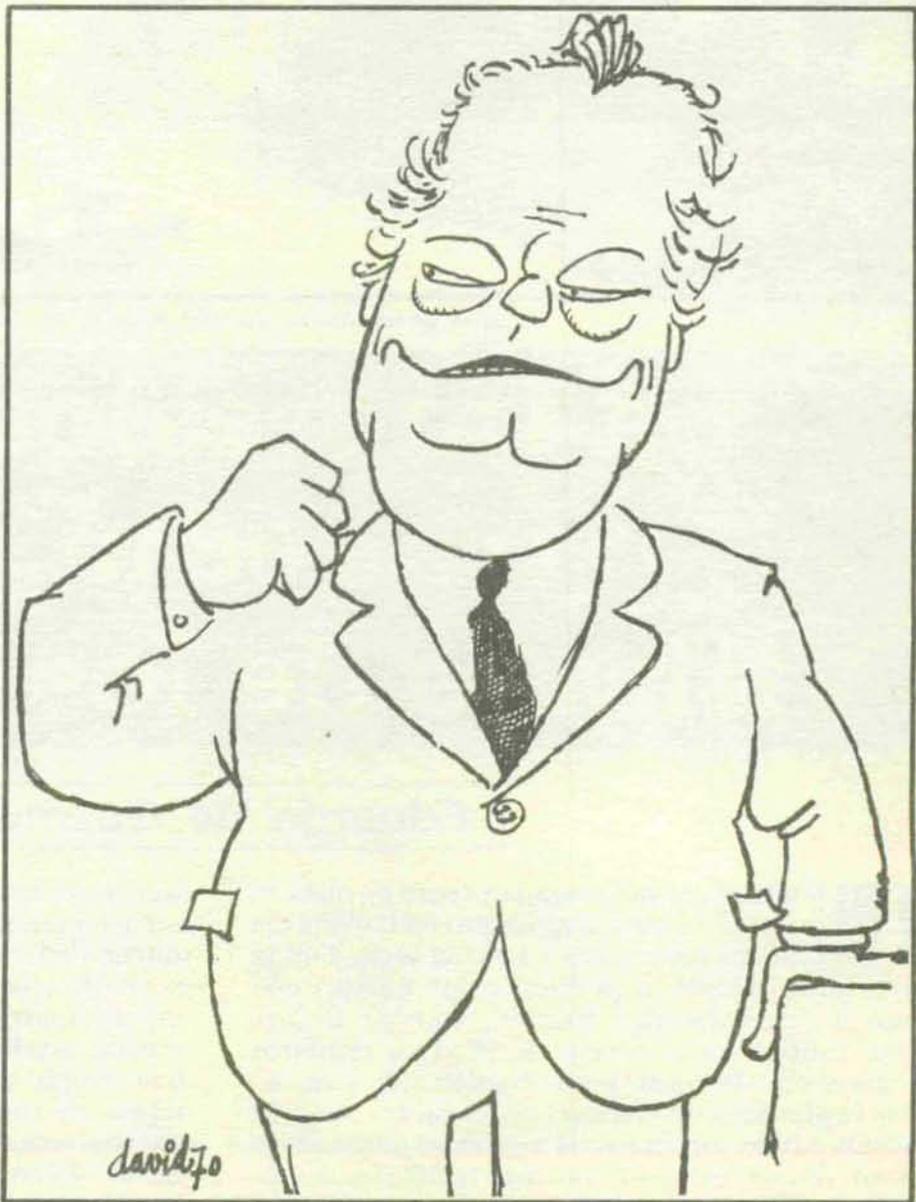
**Reflexiones
finales:
Brandt
y la
socialdemocracia
alemana**

No se puede entender la figura de Brandt separándola de su país y de la tradición del partido al que pertenece. El SPD no fue nunca un partido revolucionario. La influencia de Lasalle neutralizó a menudo la de Marx y Engels. Tras las leyes antisocialistas de Bismarck, el SPD, deslumbrado por sus crecientes éxitos electorales, se aburguesó y pactó en el fondo con la alta burguesía, hasta el extremo de apoyar la guerra imperialista desencadenada en 1914 por Guillermo II. Después de la muerte de Engels, el partido cayó cada vez más bajo la influencia de Kautsky y su marxismo vulgar-mecanicista, con su tendencia al oportunismo y a las fórmulas huecas. Luego vino el programa revisionista de Bernstein, que en última instancia se revelaría como el elemento dominante en el SPD. Cuando se produjo el hundimiento de la monarquía y la revolución de 1918, el SPD, en vez de aprovechar esa ocasión histórica única, dijo que no a la vía del socialismo y prefirió pactar de nuevo con la burguesía. Al llegar la hora amarga y dura del nacionalsocialismo, capituló sin apenas luchar ante el enemigo.

En las décadas que han seguido a la terminación de la II Guerra Mundial, el SPD ha vuelto a cometer el error de pactar con el capitalismo y de renunciar a los planteamientos verdaderamente socialistas. Obsesionado por demostrar que es capaz de gobernar y ejercer el poder con eficacia, ha llegado a la autonegación máxima. Willy Brandt es el producto de esta tradición y de esta táctica. ■ H. S.



Mitterrand y Brandt.



Caricatura de Willy Brandt, por David.